

LA CAÍDA, DE BEATRIZ GUIDO:
REPRESENTACIONES DE LA INFANCIA
BAJO EL PERONISMO

REBECCA WEBER
Universität Siegen (Alemania)

INTRODUCCIÓN

BEATRIZ GUIDO pertenece al grupo de escritores de la llamada Generación del 55, que emerge en Argentina después del golpe que derrocara a Perón en el mismo año. Abiertamente antiperonista, conocida internacionalmente como una de las «angry writers of the generation of 1955» (Kuhn y Radstone: 1990, p. 183), Guido goza de popularidad especialmente por novelas polémicas como *Fin de fiesta* (1958) o *El incendio y las vísperas* (1964), en las cuales expresa una profunda crítica social. En ellas reflexiona tanto sobre la «década infame» como sobre su política, reconociendo en Perón la «misma voz de los viejos caudillos» (Almeida: 2014, s. p.).

Hija de la actriz uruguaya Berta Eirin y del arquitecto Ángel Guido, la autora pertenece a la clase alta, a la que ataca frecuentemente en sus obras; también en *La caída*, que fue publicada en 1956 y llevada a la pantalla grande en 1959 por su pareja Leopoldo Torre Nilsson, con quien –al contrario de lo que suele afirmarse– nunca se casó (Osorio: 1991, p. 77). *La caída* narra la historia de Albertina, una adolescente que se traslada de Rosario a Buenos Aires para estudiar la carrera de Letras. Albertina alquila un cuarto en casa de una señora viuda, madre de cuatro hijos –los niños Cibils–, que se transforman en un verdadero obstáculo para la realización de sus ambiciones académicas.

A menudo, *La caída* ha sido leída como novela de formación femenina o «female Bildungsroman» (Fuderer: 1990; Clifford: 2001). El interés investigador se basa en el desarrollo psicológico —«woman's awakening» (Fuderer: 1990, p. 3)— de la protagonista, Albertina, y la pregunta acerca de cómo la novela reflexiona «sobre la escritura y especialmente sobre el tipo de escritura que puede arrogarse una mujer» (Domínguez: 2004, p. 228)²⁹. El presente trabajo, en cambio, pretende indagar las representaciones de la infancia en *La caída*. En esto, el destino de los niños Cibils revela una fuerte crítica social frente al peronismo y al estado de bienestar. La narración tiene lugar en la Argentina peronista a finales de los años cuarenta e inicio de los cincuenta del siglo xx, como delata el texto cuando se refiere a las «dos guerras» (Guido: 1956, p. 74)³⁰. A diferencia de muchos estudios que focalizan la vida y las memorias de los jóvenes bajo la dictadura militar (Daona: 2013; García: 2015; Arfuch: 2016), este capítulo se centra en las representaciones de la juventud bajo el peronismo, un tema que ha sido apenas investigado. Si bien los personajes son ficticios (Domínguez: 2004, p. 228), *La caída* es considerada la única obra de Guido con rasgos autobiográficos (Pagni: 1998, p. 207). Como su protagonista y narradora Albertina, la misma Guido estudió literatura en la capital. Nunca tuvo hijos, pero sí prestó atención maternal a sus hermanas excéntricas y a sus sobrinos (Osorio: 1991, p. 133). Guido retoma esta situación en *La caída*, confrontando a Albertina con el cuidado de los cuatro niños Cibils y la asistencia a la madre enferma.

Así pues, el objetivo es enfocar el contraste entre la infancia sobreprotegida de la protagonista, Albertina, y la vida desamparada de los niños Cibils. Mediante los personajes, Guido dibuja diversas realidades de vida bajo el primer gobierno de Perón, posicionándose críticamente tanto frente al curso político como frente a los conceptos tradicionales de familia y género. La novela no solo configura un discurso historiográfico distinto como obra exitosa realizada por una mujer, sino también como una ficción alternativa a la gloriosa presidencia peronista.

El capítulo está estructurado de la siguiente manera: en primer lugar, se analiza la situación de los niños Cibils, que viven junto con su madre, Martha, en una vieja casa bonaerense; en segundo lugar, se presenta el desarrollo de Albertina, que se muda del campo a la capital, donde pronto se ve víctima de las expectativas de

²⁹ Si bien el período narrado abarca solamente dos meses, la denominación de *Bildungsroman* no es exagerada. *La caída* narra la historia de una joven que se muda a la capital, donde se ve confrontada con varias situaciones conflictivas que la obligan a madurar.

³⁰ En *La caída* existen varias referencias históricas; por ejemplo, el diálogo entre Indarregui, que es el amigo de Albertina, con su compañero de estudios. Indarregui se presenta como un intelectual progresista cuando dice: «tenemos que evolucionar. Hay que crear un mundo nuevo» (Guido: 1956, p. 74). Sin embargo, perpetúa solamente el conservadurismo. Se dice en la novela: «Repite siempre lo mismo desde aquel domingo de invierno de 1945 al finalizar la segunda gran guerra» (p. 75). Sus ideas implican «un nuevo orden moral, religioso, ascético, basado en la familia» (*ibidem*), con lo cual sus palabras recuerdan mucho a los discursos de Perón.

su entorno social; y en tercer lugar, se revela la conexión entre el comportamiento de los personajes y los acontecimientos políticos en la Argentina de los años 1940 y 1950.

LA VIDA DESAMPARADA DE LOS NIÑOS CIBILS

Si bien Guido vive su juventud en el seno de una familia intacta y —como subraya— muy cariñosa (Pagni: 1998, p. 206), sus protagonistas siempre crecen en situaciones difíciles y perturbadas, en familias de «eje roto y vínculos parentales alterados» (Osorio: 1991, p. 131). Consecuentemente, en el seno de la familia Cibils, en cuya casa se desarrolla el conflicto narrativo, el padre está ausente (Guido: 1956, p. 19). Por su parte, Martha, la madre, tiene que guardar cama debido al asma y graves depresiones (p. 12) y es el hijo mayor, Gustavo, quien gestiona todos los asuntos familiares y a sus trece años ya es llamado el «jefe de la casa» (*ibidem*). Junto con su tío, Lucas Foster, una figura misteriosa que está ausente la mayor parte del tiempo, Gustavo mantiene la familia con negocios sospechosos que regenta en la zona portuaria de la ciudad: «Les compra cosas a los marineros. Después las vende...» (p. 35).

La violencia es omnipresente en *La caída* y tiene como objetivo tanto el cuerpo humano como la psiquis. Mientras que el maltrato corporal abarca «cualquier castigo en el que se utiliza o intenta utilizar la fuerza física para causar algún grado de dolor o malestar, incluso ligeramente» (UNICEF: 2014, p. 94 [traducción de la autora]), la violencia mental incluye «maltrato psicológico, maltrato mental, abuso verbal y emocional o negligencia» (p. 4 [traducción de la autora]). Según dice Romito en *A Deafening Silence*, la violencia contra los niños tiene múltiples facetas y ocurre sobre todo dentro del núcleo de la familia (2008, p. 15). En *La caída* la violencia corporal y mental se combinan entre sí.

En la novela, la vieja casa bonaerense no deja trascender al exterior los frecuentes actos de violencia ejercidos por Martha Cibils, quien ya no representa la autoridad materna que, según Arendt, es caracterizada por «el indiscutible reconocimiento por aquellos a quienes se les pide obedecer; no precisa ni de la coacción ni de la persuasión» (2006, p. 62). Martha más bien confirma la opinión de Arendt de que un padre «puede perder su autoridad, bien por golpear a un hijo o bien por ponerse a discutir con él, es decir, bien por comportarse con él como un tirano o bien por tratarle como a un igual» (*ibidem*). Como un tirano que, según Arendt, logra tanto sostener su posición social dominante como conseguir sus fines mediante el empleo de la violencia (pp. 54-55), Martha recurre a actos de violencia para doblegar a sus hijos:

Martha Cibils apareció en el marco de la puerta de su habitación, el cabello suelto hasta la cintura, una bata blanca y el rostro más desencajado que nunca. Ellos,

como ante un espectro, corrieron a refugiarse detrás de Albertina. Habían perdido todo resto de orgullo y parecían ahora cuatro bestezuelas acorraladas. Martha Cibils empuñaba el palo de mimbre. Después de emitir un quejido, tomándolos por los cabellos, uno por uno, los golpeó en la espalda y en las nalgas. Albertina quiso detenerla tratando de disculparlos; fue inútil. Ninguno de los cuatro protestó. (Guido: 1956, p. 30)

Según Romito, «violence often mounts up and leaves deep marks on its victims, who are more likely to suffer from depression, anxiety, post-traumatic stress syndrome» (2008, p. 16). Así, la relación entre madre e hijos sufre una perturbación emocional que se manifiesta en varios mensajes de los niños Cibils que incluyen este anhelo de Laura sobre su madre: «¡Ojalá muriera pronto!» (Guido: 1956, p. 17). La relación desapegada y fría entre madre e hijos se percibe en toda la casa y transmite una sensación desagradable, incluso amenazante, a Albertina, que pronto se siente observada (p. 38). Los frecuentes «golpes de bastón de Martha» (p. 33), que esta da en el suelo y que emplea para hacerse entender, recuerdan como recurso estilístico a una novela gótica y simbolizan malos presagios. En consecuencia, la casa es representada progresivamente como una cárcel para sus habitantes.

Los cuatro niños, que tienen seis, ocho, doce y trece años de edad (p. 103), viven en el abandono y la privación. Debido a la enfermedad de su madre, tienen que cuidar de sí mismos, por lo cual pueden ser considerados «social orphans» (Heller: 2008, p. 62). Sin embargo, o precisamente por esa razón, a Albertina hay «momentos en que [le] parecen la sabiduría misma, y otros en que son mucho más niños que los de su misma edad» (Guido: 1956, p. 103). Van al colegio «un año cada uno» (p. 14), para que siempre haya alguien que se ocupe de la casa y vigile a Martha (*ibidem*). Aunque menores de edad, deben asumir grandes responsabilidades para compensar la ausencia del *estado de bienestar* peronista que no interviene en su situación, ya que la familia posee una gran casa y, con ello, propiedad inmobiliaria. Conforme con su clase social, la casa de los Cibils tiene diferentes habitaciones, balcón y baño. En las paredes «colgaban unas fotografías coloreadas de Venecia y Pompeya» (p. 11). El baño, sin embargo, no tiene agua caliente (*ibidem*) y, por el momento, no hay luz en la casa: «La cortaron ayer» (p. 10).

Adicionalmente al corte de luz y de agua caliente, el hecho de que Martha Cibils no es asistida ni por un médico ni por una enfermera refleja la decadencia económica de la familia, que ya no tiene los medios para financiar ni el cuidado ni los remedios necesarios (p. 19). La falta de recursos es acompañada por la decadencia educativa y cultural. Aunque con la ley 1420 del año 1884 se estableció la enseñanza primaria obligatoria en Argentina, ni siquiera los hermanos menores van al colegio regularmente. El hecho de que a nadie parece importarles la ausencia de Diego, Lydia y Laura en clase es prueba del abandono de los niños Cibils, que, no obstante, siguen viviendo según ciertas pautas sociales y religiosas que no entienden (pp. 44-45). Están desgarrados entre la ligereza de la juventud y el mundo de los mayores, como apunta Albertina:

Algunos días los Cibils se levantaban inseguros y débiles. Se tiraban al suelo, simulando estar muertos; jugaban a ser policías y bomberos, asomados peligrosamente al balcón. Iban al puerto y volvían fumando cigarrillos que les regalaban los marineros. En estos días se rebelaban contra el hecho de ser niños y procedían como hombres. (p. 97)

En Albertina esperan encontrar seguridad y protección. Añoran una vida en la estabilidad de un núcleo familiar, y por ello intentan emparejarla con su tío Lucas. El conflicto narrativo de *La caída* alcanza su apogeo cuando los niños dejan morir a su propia madre (p. 146) para allanar el camino a Albertina en el proceso de acabar tomando su lugar. Queda abierta la pregunta acerca de si el encierro de Martha en su habitación resulta de una situación conflictiva y aterradora, como dice Diego —«Quiso pegarme» (*ibidem*)—, o, más bien, fue preventivo y evaluado, como supone Albertina. La decadencia educativa y cultural de la clase alta también es uno de los temas de la novela *Fin de fiesta* (1958), publicada solamente dos años después de *La caída*, en la cual la escritora, sin embargo, presta más atención a la corrupción moral de la burguesía.

LA VIDA RESTRINGIDA DE ALBERTINA

La ambigüedad entre inocencia infantil y responsabilidad adulta encuadra el argumento de la novela y se manifiesta tanto en los niños Cibils como en Albertina. Las supuestas necesidades sociales como el matrimonio y la maternidad determinan la identidad de la adolescente, quien a sus dieciocho años decide trasladarse de la provincia a la capital para construirse a sí misma³¹. Está por entrar en el mundo de los adultos y con su partida espera alejarse del control de sus tías Lucila y Paula, que «nunca le permitieron llevar a nadie a su casa» (Guido: 1956, p. 25), ya que opinan que «las muchachas de hoy son todas unas perdidas» (*ibidem*). En Buenos Aires, sin embargo, Albertina pronto se ve confrontada con nuevas restricciones cuando se instala en la casa de los Cibils, donde no se acepta su carrera académica ni se respeta su esfera privada. Su búsqueda de una habitación propia, como diría Woolf (1929), fracasa.

Además de vigilar a Albertina, Gustavo, el hijo mayor, perpetúa un discurso machista, utilizando alusiones sexuales para chantajearla. Cuando la muchacha, por ejemplo, le pregunta dónde trabaja, este responde que para decírselo ella «tendría que dormir con él» (Guido: 1956, p. 36). Los mensajes discriminatorios de Gustavo se intensifican en las injurias de Indarreguí, quien, aunque enamorado de Albertina, no está dispuesto a aceptar su autosuficiencia ni su interés en las

³¹ Según UNICEF: «the term 'children' is used to refer to anyone under the age of 18, in line with the definition of childhood provided in the Convention on the Rights of the Child. Where some data represent respondents up to 19 years of age or older» (2014, p. 28).

ciencias. Indarregui rechaza a «las mujeres que piensan demasiado... y viven imaginando situaciones» (p. 140). Perpetúa un discurso patriarcal y hegemónico que considera a la mujer un ser inferior «por naturaleza». Escribe Bourdieu al respecto:

La división sexual está inscrita, asimismo, en las disposiciones (los hábitos) de los protagonistas de la economía de los bienes simbólicos: las disposiciones de las mujeres, que esa economía reduce al estado de objetos de intercambio [...]; las de los hombres, a quienes todo el orden social, y en particular las sanciones positivas o negativas asociadas al funcionamiento del mercado de los bienes simbólicos, impone adquirir la aptitud y la propensión, constitutivas del sentido del honor, a tomar en serio todos los juegos, que de esa manera se convierten en algo serio. (2000, p. 37)

Mientras que el rol de la mujer en la sociedad argentina de los años 1940 y 1950 es de sumisión y principalmente de dedicación al casamiento y a la maternidad, Albertina aspira a terminar su carrera académica. A pesar de, o quizá precisamente por su educación conservadora —«sus tías la obligaban a bañarse con una bata de lino» (Guido: 1956, p. 38)—, quiere romper con los estereotipos de género que vinculan al sexo femenino con actividades domésticas y caritativas. Aunque en 1947 y gracias al esfuerzo de Eva Perón fue establecido el sufragio femenino en el país, la misma Evita perpetuaba supuestas cualidades femeninas en varios de sus discursos dirigidos al pueblo, criticando a las feministas europeas que, según ella, se comportaban como hombres y renegaban de ser mujer (Perón: 1951, p. 192). En *La razón de mi vida* (1951) escribe:

Por eso mismo, porque creo en el espíritu, considero que es urgente conciliar en la mujer su necesidad de ser esposa y madre con esa otra necesidad de derechos que como persona humana digna lleva también en lo más íntimo de su corazón. (p. 203)

Debe, pues, subrayarse que con el derecho al voto y la equiparación de la mujer con el hombre por el artículo 37 de la Constitución de 1949 todavía no se establece la igualdad social entre hombres y mujeres. Los discursos discriminatorios sociales aún siguen existiendo. Lo que Jack Urwin describe como «toxic masculinity» (2017, p. 44), es decir, una masculinidad destructiva y violenta, una exhibición exagerada de comportamientos y acciones, se compacta en Gustavo, quien a su corta edad ya está caracterizado por la misoginia y la tendencia a la dominación (Guido: 1956, p. 20).

Albertina finalmente huye de la casa Cibils, en la que, a lo largo del argumento, se ve cautivada por los niños y empujada a asumir un rol de madre. Se enfrenta a problemas de mala conciencia, que paulatinamente se agravan y amenazan con hacerla sucumbir. Comienza a soñar con Lucas, a quien al principio solamente conoce de nombre. Además, empieza a salir con Indarregui, quien perpetúa valores

machistas. Finalmente, Albertina rechaza la relación amorosa tanto con Indarregui como con Lucas, porque considera que ambos son un obstáculo para la realización de sus proyectos. En cuanto a la imagen femenina, *La caída* deja un resabio, pues surge el interrogante acerca de si, para una mujer, una carrera académica es posible solamente por medio de la renuncia al amor. Albertina representa una generación de mujeres adolescentes que busca liberarse de las normas impuestas por la sociedad machista. El comportamiento de los cuatro Cibils, como hemos visto, demuestra la decadencia producida por la pobreza en la Argentina de los años cincuenta.

LA CAÍDA Y LA CRÍTICA SOCIAL DE BEATRIZ GUIDO

La caída critica tanto el sistema político vigente durante el primer y segundo gobierno de Perón como el comportamiento de las clases media alta y alta en la Argentina de aquel entonces. En la novela, tanto el sistema político como dichas clases sociales influyen negativamente en el desarrollo de la sociedad argentina, de modo que Guido establece una conexión entre la política y el comportamiento moral de sus personajes.

Representando a través de la familia Cibils la clase alta cuyo nivel de vida se viene a menos, *La caída* hace referencia a la política económica y a la distribución de bienes del estado peronista a mediados del siglo xx. Debido a los gastos corrientes para financiar tanto los servicios públicos como las medidas sociales para la clase obrera, el peronismo es denunciado por voces internacionales por arruinar el país. El político español Joaquín Maurín le explica al escritor Ramón J. Sender en una carta de 1958 que al Estado argentino «le costará algún tiempo reponerse» (Caudet: 1995, p. 339). Como las cuotas sociales son financiadas principalmente por fondos estatales y algunos aportes empresariales (Santos Martínez: 1976, p. 93), las familias bien posicionadas ven amenazado su estatus social superior. Se destruye la torre de marfil en la que la clase alta argentina ha vivido retirada durante mucho tiempo sin darse cuenta de que el clima político y su situación privilegiada podían cambiar algún día.

Esta controversia político-social entre ricos y pobres es expresada en forma exagerada en el hecho de que en *La caída* los niños Cibils, como representantes de la alta burguesía, pierden el acceso a la educación y entran en una decadencia moral, como demuestra el ejemplo de Gustavo. En la Argentina de la primera mitad del siglo xx, muchos niños con una situación social desventajosa solamente recibían educación escolar básica; así, en lugar de realizar estudios secundarios pasaban su tiempo en la calle –la llamada *escuela de la delincuencia*–, donde en algunos casos acababan convirtiéndose en criminales. Para muchos niños –algo vigente aún hoy día– la calle o los potreros representaban el boleto para una vida mejor, ya sea a través del deporte o gracias a los contactos sociales o laborales. Pero estos entornos podían traer consigo también un descenso social, ya que muchas de estas redes eran

ilegales. Por esa razón, Perón y Evita querían cambiar la situación educativa de los niños de la clase trabajadora y facilitar su acceso a la educación secundaria a través de subsidios económicos, con el objetivo de disminuir la desigualdad social.

Así como parte de la estrategia distributiva sostenida en los dos primeros gobiernos de Perón, las medidas y acciones implementadas hacia los niños, tales como los repartos de juguetes, las colonias de vacaciones, los campeonatos Evita y los numerosos hogares y establecimientos inaugurados tuvieron un peso significativo en la conformación de representaciones, relatos y concepciones simbólicas sobre la singular intervención social del período, presentada como una acción salvadora que suponía la eliminación de contradicciones y desigualdades en el presente, y sobre todo anunciaba una reparación histórica por los infortunios materiales y espirituales tolerados por el pueblo en un pasado cercano. (Aversa: 2008, p. 2)

En *La caída*, Guido en cambio polemiza sobre estas bendiciones del matrimonio Perón a través del personaje de Gustavo, que a sus trece años compra y vende corsetería y lencería: «Los marineros se lo venden a él [el corsé]» (Guido: 1956, p. 59). En lugar de concurrir a la secundaria, debe trabajar en negocios turbios para mantener a su familia. Mientras que los niños de la clase baja tienen la posibilidad de ir al colegio y educarse, Gustavo como representante de la clase alta, corre el riesgo de caer en círculos delictivos y cerrarse el camino para una vida prometedor.

El comportamiento de los niños Cibils anuncia un fracaso social. Además de empobrecerles, los menores, representantes de la *nueva generación*, se muestran alevosos y mentirosos: «allí están, no les importa nada, solo Laura finge llorar» (p. 149). Son indicadores de una decadencia moral que se fortalece con la política.

CONCLUSIÓN

A través de los personajes, Guido dibuja diversas realidades de vida bajo el primer y el segundo gobierno de Perón, posicionándose críticamente tanto frente al discurso político como frente a los conceptos tradicionales de familia y género de la época, y oponiéndose también al familiarismo peronista, propagado sobre todo por la primera esposa de Perón, Evita. Como subraya la novela, ni la vida en condiciones difíciles y violentas ni la orfandad social son una cuestión de clase social.

El descenso en la escala social de la burguesía y la violencia son elementos centrales en la novela y se acompañan. La dimensión de violencia se manifiesta tanto en forma física como psíquica. La relación entre madre e hijos se despoja paulatinamente de todo respeto o cariño y culmina en el supuesto asesinato de la madre para sustituirla por Albertina. Otra forma de violencia se expresa en el menester del trabajo infantil para sobrevivir, con lo que Guido polemiza sobre el miedo de la clase alta ante las consecuencias del justicialismo.

En los cuatro Cibils se compacta una generación de niños a la cual el Estado de los años 1940 y 1950 no presta mucha atención. En el marco del populismo de Perón, fue demasiado importante la satisfacción de los intereses de la clase obrera. Guido polemiza afirmando que el destino de personajes como los Cibils puede ser considerado el resultado del curso político, es decir, de las nacionalizaciones y reformas sociales bajo Perón que contribuyeron a arruinar la clase alta, un tema que la escritora retoma en *El incendio y las vísperas* (1964).

Aparte de todo ello, no hay ni un solo personaje masculino en *La caída* que comparta las ideas sobre la libertad femenina, una recriminación válida también para el peronismo que, a pesar de atribuirse el sufragio femenino, pone de relieve la necesidad de que las mujeres, como ejemplifica Albertina, sean buenas madres y amas de casa. De este modo, *La caída* no solo configura un discurso historiográfico distinto, en cuanto obra exitosa creada por una mujer, sino también una crítica a la presidencia de Perón. Además de atribuirle a este una estrechez de miras, expone facetas de la sociedad como la violencia doméstica y el aislamiento de los menores, que la historia oficial nunca menciona. *La caída* expresa la percepción dividida del peronismo que, aún hoy, sigue siendo una corriente política cuestionable para muchos argentinos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMEIDA, Eugenia. «Fin de Fiesta». *Eugenia Almeida. Libros, textos, notas y noticias* [en línea] <<http://eugeniaalmeidablog.blogspot.de/2014/06/fin-de-fiesta-beatriz-guido.html>> [4 abril 2020].
- ARENDT, Hannah. *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial, 2006 (1.^a ed. en inglés: 1969).
- ARFUCH, Leonor. «Narrativas en el país de la infancia». *Alea* [en línea], 2016, 18, 3, pp. 544-560 <<https://doi.org/10.1590/1517-106X/183-544>> [4 abril 2020].
- AVERSA, María Marta. «La asistencia social a la infancia popular en las publicaciones oficiales peronistas (1946-1955)». *Papeles de trabajo. Revista Electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín* [en línea], 2008, 2, 3, pp. 1-17 <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7465219>> [9 octubre 2020].
- BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000 (1.^a ed. en francés: 1998).
- CAUDET, Francisco. *Correspondencia. Ramón J. Sender - Joaquín Maurín (1952-1973)*. Madrid: Ediciones de la Torre, 1995.
- CLIFFORD, Joan. «The female *Bildungsromane* [sic] of Beatriz Guido». *Hispanófila*, 2001, mayo, 132, pp. 125-139.
- DAONA, Victoria. «Había una vez una casa de los conejos'. Una lectura sobre la novela de Laura Alcoba». *Aletheia* [en línea], 2013, 3, 6, pp. 1-17 <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6100/pr.6100.pdf> [4 abril 2020].

- DOMÍNGUEZ, Nora. «Familias literarias: visión adolescente y poder político en la narrativa de Beatriz Guido». *Revista Iberoamericana*, 2004, 70, 206, pp. 225-235.
- FUDERER, Laura Sue. *The Female Bildungsroman in English: An Annotated Bibliographie of Criticism*. New York: The Modern Language Association of America, 1990.
- GARCÍA, Laura Rafaela. «Narrativas del pasado y literatura infantil: continuidades y rupturas en los planteos críticos de Graciela Montes y Ana María Machado». *Estudos de Literatura Brasileira Contemporânea*, 2015, 46, pp. 133-151.
- GUIDO, Beatriz. *El incendio y las vísperas*. Buenos Aires: Losada, 1964.
- GUIDO, Beatriz. *Fin de fiesta*. Buenos Aires: Losada, 1958.
- GUIDO, Beatriz. *La caída*. Buenos Aires: Losada, 1956.
- HELANDER, Einar. *Children and Violence*. Hampshire y New York: Palgrave Macmillan, 2008.
- KUHN, Annette, y Susannah RADSTONE. *The Women's Companion to International Film*. Berkeley y Los Angeles: The University of California Press, 1990.
- OSORIO, Elsa. *Beatriz Guido*. Buenos Aires: Planeta, 1991.
- PAGNI, Andrea. «Beatriz Guido». En HECHTFISCHER, Ute, y Renate HOF (eds.). *Metzler-Autorinnen-Lexikon*. Stuttgart: Metzler, 1998.
- PERÓN, Eva. *La Razón de Mi Vida*. Buenos Aires: Ediciones Peuser, 1951.
- ROMITO, Patrizia. *A deafening silence. Hidden violence against women and children*. Bristol: The Policy Press, 2008.
- SANTOS MARTÍNEZ, Pedro. *La Nueva Argentina 1946-1955. Tomo I*. Buenos Aires: La Bastilla, 1976.
- UNICEF. *Hidden in Plain Sight. A statistical analysis of violence against children* [en línea], 2014 <http://files.unicef.org/publications/files/Hidden_in_plain_sight_statistical_analysis_EN_3_Sept_2014.pdf> [4 abril 2020].
- URWIN, Jack. *Man Up: Surviving Modern Masculinity*. London: Faber & Faber, 2017.
- WOOLF, Virginia. *A Room of One's Own*. New York: Harcourt Brace & Co, 1929.

III.

DE LO SINGULAR A LO PLURAL:
EL FEMINISMO Y EL COMPROMISO
EN LA LITERATURA

